

Entre Escila, Caribdis y sus respectivos Lestrigones: América Latina y el Caribe frente a la Segunda Guerra Fría (1979-1989)

Carlos Federico Domínguez Avila¹

"No admitimos los fundamentos doctrinarios de la guerra fría,
ni nos dejamos caer en sofismas elementales.
Sabemos que en éstas cruzadas los débiles acaban sustentando siempre, a costas de
su evolución, el incesante crecimiento de los más poderosos."
Presidente Miguel de la Madrid Hurtado
(Brasilia, marzo de 1984)

Sumario

1. Introducción
2. Origen, periodización y escenarios de la Segunda Guerra Fría
3. Tres perspectivas fundamentales de política exterior latinoamericana y caribeña frente a la Segunda Guerra Fría:
 - 3.1 Adscripción al consenso estratégico regional anticomunista
 - 3.2 Simpatía con la "nueva" o "segunda ofensiva revolucionaria" post-1978
 - 3.3 Oposición frente a las aspiraciones y presiones hegemónicas de ambas superpotencias y construcción de una posición autónoma
4. Consideraciones finales
5. Referencias bibliográficas

1. Introducción

Las relaciones internacionales en el decenio 1979-1989 fueron cualitativamente diferentes tanto frente a lo observado en el marco de la distensión (o *Détente*) dominante durante gran parte de la década de 1970, como frente al interregno de unilateralidad hegemónica estadounidense que caracterizó al decenio de 1990. Efectivamente, es posible y pertinente constatar en el período 1979-1989 una unidad lógica que gira en torno al proceso de re-bipolarización de la política internacional en el ámbito global. He allí el origen del "nuevo" o "segundo" período de "guerra fría" entre

las dos superpotencias (Estados Unidos y la Unión Soviética), respectivos aliados, y sistemas sociales antagónicos (capitalismo-socialismo).

Asimismo, conviene adelantar que la noción Segunda Guerra Fría alude a la compleja articulación de ambientes, interpretaciones teóricas y políticas de Estado que provocaron –o fueron consecuencia de– la notoria intensificación de tensiones, competencia y conflicto globalizado en las relaciones internacionales entre diciembre de 1979 y noviembre de 1989.

2. Origen, periodización y escenarios de la Segunda Guerra Fría

Orígenes de la Segunda Guerra Fría. El 9 de enero de 1980, el Embajador Dimitri Jukov, jefe de la representación diplomática de la Unión Soviética en Brasilia, se reunió con uno de los funcionarios de más alto rango en la cancillería local –también conocida como el Itamaraty. El Embajador Dimitri Jukov solicitó la audiencia para expresar su disgusto sobre la programada reunión del Consejo de Seguridad y de la Asamblea General de Naciones Unidas que, a pedido de Washington y Beijing, se realizaría para discutir y condenar la intervención militar soviética en Afganistán, ocurrida el día 27 de diciembre de 1979.

Durante la audiencia, el Embajador soviético entregó a su par brasileño un breve mensaje traducido del ruso al portugués y enviado desde Moscú, el cual, entre otros aspectos, planteaba que:

Nos últimos dias os Estados Unidos e alguns países que lhes apoiam, incluindo a China, utilizando como pretexto os acontecimentos no Afeganistão deliberadamente tomaram o caminho de aumento da ten[s]ão na região de Médio Oriente e não somente lá. A este objetivo em particular serve a chicana americano-chinesa no Conselho de Segurança da ONU sobre a situação no Afeganistão.

[..., Ao submeter a discussão na Assembléia Geral da ONU o assunto da intervenção soviética no Afeganistão] está se empreendendo uma tentativa de impor a este forum internacional uma confrontação no espírito da "guerra fria", explorar a Assembléia Geral para fins pouco honestos, semear a discórdia e fazer entrar em choque os países que mant[é]m entre si relações estáveis e atuam juntos em relação aos problemas atuais da luta contra o imperialismo e colonialismo [i]nclusive no movimento de não-alinhamento.

[...] As tentativas de hoje de implicar a ONU, seu Conselho de Segurança e sua Assembléia Geral em debates sobre a situação no Afeganistão somente respondem aos interesses dos que estão tentando reanimar o

¹ Hondureño-brasileño, doctor en historia de las relaciones internacionales por la Universidad de Brasilia. Profesor e investigador.

clima de "guerra fría", evidentemente visando deste modo facilitar a realização de seus planos imperialistas e hegemônicos.²

Este puede ser uno de los primeros mensajes (semi)oficiales en América Latina y el Caribe que dan cuenta del acelerado enfrentamiento retórico y gran tensión internacional que opuso a dos sistemas sociales, capitalista y socialista, encabezados respectivamente por Estados Unidos y la Unión Soviética, desde fines de 1979 (o posiblemente antes) hasta 1989, cuando tuvo lugar el emblemático derrumbe del Muro de Berlín. Éste período de gran tensión Este-Oeste, y con evidentes repercusiones en todo el planeta, caracteriza lo que el historiador inglés Fred Halliday (1986) llamó la Segunda Guerra Fría.³

Definiciones. Inicialmente, parece apropiado señalar que la noción de Guerra Fría es muy antigua. El propio Halliday sugiere que la misma ya era conocida en la Edad Media. En su opinión, habría sido un noble del Reino de Castilla, Don Juan Manuel, quien a principios del siglo XIV, utilizó el vocablo para designar el "estado natural de guerra entre Cristianos y Musulmanes". Quiere decir, un conflicto más o menos permanente entre dos doctrinas ideológicas en competencia. Desde aquella época, el término se habría redefinido en varias oportunidades.

En esa línea, una "guerra fría" puede entenderse en dos sentidos, por un lado, se trata de un conflicto que no es caliente, puesto que no existen batallas que terminen en victoria o derrota total frente al adversario y por ello no ofrecen "ni paz ni honor". Por otro lado, el sentido de una "guerra fría" sugiere que las relaciones entre dos o más actores no son buenas; esto es, son tensas, amenazadoras y hostiles. En suma, para los fines del presente trabajo, la noción de "guerra fría" puede entenderse como "a particular period of globalised conflict, namely one in which the emphasis is upon military and strategic confrontation and in which negotiation is minimal or non-existent" (Halliday, 1986: 9).

Según el historiador británico, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial hasta 1986 (cuando fue publicada la segunda edición de su libro, pero en realidad este subperíodo se prolonga hasta 1989 cuando ocurrió el derrumbe del Muro de Berlín y la

² Rúbrica ilegible al Ministro de Estado, Memorando confidencial (SG/03), Brasilia, 9.1.1980, AHMRE: Cx J06 1980 (11).

³ Uno de los primeros artículos académicos que dio cuenta de la polarización y grave deterioro de las relaciones Este-Oeste fue publicado, en 1980, por el historiador británico Edward Thompson (1985). En ese seminal análisis Thompson plantea que la posibilidad real de una guerra nuclear total y el suicidio colectivo de la humanidad serían los principales rasgos de

virtual implosión de la comunidad socialista), uno de los elementos definidores de las relaciones internacionales habría sido la competencia, el proceso de re-bipolarización y la lucha por la hegemonía⁴ global entre dos sistemas sociales liderados por Washington y Moscú. En su opinión, estos cuarenta años de historia de relaciones internacionales podrían ser divididos en cuatro subperíodos que él llama: a) Primera Guerra Fría (1947-1953), b) Antagonismo Oscilatorio (1953-1969), c) Détente (1969-1979), y d) Segunda Guerra Fría (1979-1989).

Para los fines del presente estudio, parece ser extremadamente importante resaltar que Halliday y otros historiadores de las relaciones internacionales – particularmente aquellos historiadores especializados en la Guerra Fría– han aceptado como útil y pertinente identificar al subperíodo 1979-1989 como una unidad lógica y de análisis cualitativamente diferente tanto frente a la distensión o *Détente* que caracterizó al decenio de 1970, como frente a –lo que puede ser considerado como– el interregno de unilateralidad hegemónica estadounidense que predominó en el orden internacional post-Segunda Guerra Fría, quiere decir, durante el decenio de 1990.

Causas inmediatas. Las causas que dieron origen a la Segunda Guerra Fría son variadas. Entre ellas pueden incluirse las siguientes: (1) la declinación del poder económico, político y militar de los Estados Unidos como consecuencia del fracaso en la Segunda Guerra de Indochina o Guerra de Vietnam, así como la crisis de legitimidad generada a partir del escándalo de Watergate, (2) el sostenido incremento de la capacidad estratégica y política de los soviéticos, (3) la sorprendente semi-alianza estratégica entre Washington y Beijing con clara finalidad anti-soviética, (4) la grave crisis financiera mundial provocada por los choques petroleros de 1973 y 1979, bien como la estagnación económica en los países industrializados, (5) el fortalecimiento del

lo que él llamó “estado final de la civilización.” Las actitudes que favorecían dicho holocausto fueron llamadas de “exterminismo.”

⁴ El término “hegemonía”, según Adam Watson (1997: 147), al ser aplicado al estudio de la historia de las relaciones internacionales, puede ser entendido como la “habilidad del más poderoso de los Estados para determinar la naturaleza de la sociedad [internacional], y especialmente su ejercicio”. Para los fines del presente ensayo, la noción de hegemonía es sumamente importante por dos razones básicas: de un lado, ella permite aproximarse a los análisis sobre la evolución de la sociedad internacional, incluyendo las consecuencias que de ello derivan en lo que tiene que ver específicamente con los límites a la independencia y la soberanía absoluta de los Estados en la actualidad, así como con la tensa relación de dicha noción con el Derecho Internacional –particularmente con el principio de no intervención en los asuntos internos de otros Estados. De otro, en términos generales, no parece incorrecto sugerir que una de las principales preocupaciones de éste estudio es comprender el choque de hegemonías –o más exactamente, la oposición de las políticas externas latinoamericanas y caribeñas frente a las aspiraciones y presiones hegemónicas de las superpotencias y de sus respectivos aliados y clientes, en el contexto de la Segunda Guerra Fría.

bloque de países no-alineados y “tercer-mundistas”, particularmente de los miembros de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), (6) el debilitamiento de la disciplina intra-bloques, creando graves disputas entre países –teóricamente– aliados, (7) el aparente éxito de la así llamada Tercera Ola Revolucionaria en el Tercer Mundo,⁵ y (8) el ascenso del neoconservadurismo en los Estados Unidos y otros países occidentales.

Entretanto, es aún causa de debate académico definir claramente cuales fueron las causas inmediatas que provocaron el surgimiento del nuevo período de confrontación y competencia entre las superpotencias y sus respectivos bloques y alianzas. Desde la perspectiva de Washington, la causa inmediata para el lanzamiento de la Segunda Guerra Fría fue la intervención soviética en Afganistán (27 de diciembre de 1979) y la persistente “sovietización” del Tercer Mundo, en general. De hecho, tanto para las administraciones Gerald Ford (1974-1977) y Jimmy Carter (1977-1981), como para la emergente e influyente comunidad de políticos e ideólogos inspirados en el pensamiento (neo)conservador (Ehrman, 1995), las revoluciones en el Tercer Mundo eran –o parecían ser– inspiradas ideológicamente, financiadas y armadas directamente por Moscú, lo que no necesariamente era verdadero. No obstante, los políticos e intelectuales (neo)conservadores consideraron que los soviéticos habían violado el acuerdo tácito de la distensión o Détente.⁶ Por lo tanto, habría que prepararse para hacer frente a esta nueva fase de “expansionismo” soviético desde la perspectiva Este-Oeste (Podhoretz, 1980; Ehrman, 1995; Katsikas, 1982). En ese sentido, la intervención militar soviética en Afganistán terminó siendo, desde la perspectiva Occidental, el golpe de gracia a la Détente y el detonante de la Segunda Guerra Fría (Gelman, 1985; Podhoretz, 1980; Katsikas, 1982; Deibel y Gaddis, 1986).

En contraste, desde la perspectiva soviética la tensión internacional que culminó con el “nuevo” período de Guerra Fría fue desencadenada por la decisión de los

⁵ La así llamada Tercera Ola Revolucionaria en el Tercer Mundo inició, en 1974, con la Revolución de los Claveles en Portugal (25 de abril) y el derrocamiento del Emperador etíope Haile Selassie (14 de septiembre). La Tercera Ola Revolucionaria (1974-1980) incluyó un grupo de 14 países: siete africanos (Etiopía, Guinea-Bissau, Mozambique, Cabo Verde, São Tome e Príncipe, Angola y Zimbabwe), cinco asiáticos (Kampuchea, Vietnam, Laos, Afganistán e Irán) y dos de América Latina y el Caribe (Granada y Nicaragua). Obviamente, dicho conjunto de países es muy diverso. No todos terminaron adoptando una “orientación socialista”, según la semántica soviética. Pero casi todos asumieron una política crítica respecto a la hegemonía de Occidente, particularmente de Estados Unidos, en el Tercer Mundo (Katsikas, 1982; Hobsbawn, 1998). Estratégicamente, los casos más importantes fueron los de Irán, Angola y Nicaragua.

⁶ Desde la perspectiva de Washington, el acuerdo tácito de la Détente incluía la aceptación de la paridad nuclear entre las superpotencias, a cambio de la estabilidad y desincentivo de parte del Kremlin a las actividades revolucionarias en el Tercer Mundo (Katsikas, 1982; Gelman, 1985).

gobiernos de los países miembros de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), dada a conocer el día 12 de diciembre de 1979 –esto es, algunos días antes de la intervención soviética en Afganistán⁷–, de incrementar los presupuestos de defensa, además de proceder a la instalación de nuevos misiles de alcance intermedio –Pershing II y Tomahawk– en varios países de Europa Occidental (Gelman, 1985). En lo que respecta a Afganistán, el gobierno soviético argumentó que la intervención del 27 de diciembre de 1979 habría sido producto de una petición urgente de Kabul y con la finalidad de sostener un régimen aliado amenazado por los conservadores movimientos contra-revolucionarios de *Mujaheddin* –quiere decir, “guerreros santos” islámicos– apoyados financieramente por Pakistán, Arabia Saudita, China, Irán y otras naciones islámicas.⁸ La alarma en Occidente se debió a que por primera vez desde el fin de la Segunda Guerra Mundial los soviéticos hicieron uso de sus fuerzas de combate más allá de las fronteras del Pacto de Varsovia.

Periodización. La Segunda Guerra Fría se prolongó entre 1979 y 1989. Naturalmente, el ambiente y las políticas de re-bipolarización, confrontación y competencia entre las superpotencias no fue uniforme. Al contrario, es posible y pertinente identificar dos subperíodos (o fases), uno de bipolaridad rígida (1979-1985) y otro de bipolaridad flexible (1985-1989).

El subperíodo de bipolaridad rígida coincidió con el último año de la administración Carter (1977-1981) y el primer período presidencial de Ronald Reagan (1981-1985). Este primer subperíodo también coincidió con el ocaso de la era del *Premier* Leonid Brézhnev (1964-1982) y con los breves gobiernos de los sucesores inmediatos, Yuri Andropov (1982-1984) y Konstantin Chernenko (1984-1985). En términos generales, el subperíodo de bipolaridad rígida fue el de mayor competencia, conflicto y tensión internacional.⁹

⁷ Sorprendentemente, ahora se sabe que tanto la decisión política del Kremlin que culminó con la intervención militar soviética en Afganistán, como la decisión de los miembros de la OTAN para aumentar sus presupuestos de defensa e instalar misiles de alcance intermedio en varios países de Europa Occidental –con el propósito de re-establecer el aparente desequilibrio estratégico en el teatro europeo provocado, según se argumentó en Bruselas, por la instalación de misiles soviéticos SS-20, desde 1977, en varios países del Pacto de Varsovia– fue tomada en la misma fecha, el día 12 de diciembre de 1979.

⁸ En realidad, durante todo el mes de diciembre de 1979, tropas soviéticas habían sido transferidas hacia Afganistán de manera más o menos encubierta. De cualquier manera, fue el día 27 de diciembre de 1979 cuando ocurrió el golpe de Estado que derrumbó al Primer Ministro Hafizullah Amin, colocando en su lugar a Babrak Karmal, y, simultáneamente, tuvo lugar la masiva penetración de tropas soviéticas en dicho país de Asia Central.

⁹ Con certeza, 1983 puede ser considerado como uno de los años más peligrosos y dramáticos en las relaciones Este-Oeste desde la crisis de los misiles soviéticos en Cuba (1962). Aquel fue un año que comenzó con el anuncio de la Iniciativa de Defensa Estratégica de Estados

Entretanto, el subperíodo de bipolaridad flexible coincidió con un paulatino relajamiento de tensiones entre las superpotencias, favorecido por la implantación de la *perestroika* y el “nuevo pensamiento” en la política exterior soviética dirigida por el Secretario General del PCUS Mikhail S. Gorbachëv (1985-1991), así como el creciente pragmatismo del segundo gobierno del Presidente Ronald Reagan (1985-1989) y su sucesor, George Bush (1989-1993).

Escenarios de la Segunda Guerra Fría. Afirmar que una de las principales características de la Segunda Guerra Fría fue su dimensión global implica, entre otras cosas, reconocer que la lógica y las políticas inspiradas en la tensión y competencia Este-Oeste provocaron un impacto más o menos significativo en las relaciones internacionales en la mayor parte del planeta.

En el ámbito político, la tensión internacional del decenio 1979-1989 se puede estudiar en dos niveles articulados. Por un lado, en las relaciones entre las propias superpotencias y sus respectivas alianzas estratégicas (especialmente, la OTAN y el Pacto de Varsovia). Por otro lado, en los conflictos regionales en el Tercer Mundo.

En lo que respecta a las relaciones entre las superpotencias, conviene señalar que durante la fase de bipolaridad rígida destacó: (a) la vigorosa competencia hegemónica en distintos foros internacionales y europeos; (b) la guerra propagandística; (c) la revitalización de la carrera de armamentos, incluyendo un polémico proyecto estadounidense de defensa estratégica, también conocido como *Star Wars*; (d) el mutuo boicot a eventos científicos, culturales y deportivos; (e) la parálisis en las negociaciones multilaterales y bilaterales, particularmente, aquellas sobre control y verificación de armas nucleares; y, (f) muy particularmente, la instalación de mortíferos misiles de alcance intermedio en el teatro europeo y en el nordeste de Asia. Todo ello sugiere que las relaciones entre Este-Oeste realmente eran conflictivas. Durante la fase de bipolaridad flexible, las tensiones entre las superpotencias comenzaron a relajarse, permitiendo la paulatina reactivación de negociaciones sobre asuntos estratégicos –como el control de armas nucleares, por ejemplo– y algunos avances en el ámbito económico y comercial.

Unidos. Continuó con el derribo de un avión de pasajeros surcoreano sobre el espacio aéreo soviético, la prolongada agonía del Secretario General Yuri Andropov, la invasión de Granada (octubre), los ejercicios militares de la OTAN (Able Archer 83), la instalación de modernos y mortíferos misiles estadounidenses de alcance intermedio en varios países de Europa Occidental, y finalizó con la ruptura de las negociaciones soviético-estadounidenses sobre control y verificación de armas nucleares. Sin olvidar la guerra propagandística y la retórica militarista que se impuso en Washington y Moscú.

En el Tercer Mundo, muchos conflictos sociopolíticos internos e internacionales preexistentes adquirieron la lógica Este-Oeste cuando las superpotencias consideraron que intervenir era conveniente para potenciar sus respectivos intereses estratégicos y/o cuando actores endógenos apelaron a la ayuda de alguno de los bloques en competencia. De ese modo, el sesgo ideológico socialismo-capitalismo transformó a numerosos conflictos internos (e incluso tribales) en sangrientos escenarios de la Segunda Guerra Fría. Surge, así, la noción de conflicto regional en el Tercer Mundo, que es sumamente importante para los fines del presente ensayo.

En consecuencia, el término conflicto regional en el Tercer Mundo se utiliza en este estudio para referirse a una situación de aguda tensión y conflicto armado generado por la interacción compleja entre factores locales (y sub-regionales), por un lado, e influencias, aspiraciones y presiones hegemónicas extraregionales, por otro. Siendo que la interacción entre presiones endógenas y exógenas amenazó con comprometer el involucramiento de las dos superpotencias de la época, los Estados Unidos y la Unión Soviética, sea directamente o indirectamente a través de sus respectivos aliados. Nótese, así, la expresiva importancia de la lógica y las políticas inspiradas en la confrontación, competencia y tensión propias de la bipolaridad estratégica, política, económica e ideológica, quiere decir la lógica de la Segunda Guerra Fría, que dominó la evolución de la sociedad internacional, entre 1979 y 1989. Por tanto, un conflicto regional supone (o supuso durante el decenio de 1980) la "internacionalización" o "globalización" de una crisis local o subregional, a través de la articulación de factores esencialmente endógenos con presiones y aspiraciones hegemónicas de potencias continentales y globales.

Entre los conflictos regionales en el Tercer Mundo más importantes, en el contexto global de la Segunda Guerra Fría vale resaltar los siguientes: (a) América Central (Nicaragua, El Salvador, Guatemala, y con repercusiones más o menos significativas en Granada, Cuba, Surinam, Colombia, etc.), (b) África Meridional (Angola, Mozambique, Namibia, Sudáfrica, Zaire, etc.), (c) noroeste de África (Sahara Occidental, Marruecos, Argelia, etc.), (d) el cuerno de África (Etiopía, Somalia, etc.), (e) Indochina (Camboya, Vietnam, China Tailandia, etc., también conocido como la Tercera Guerra de Indochina), (f) Asia Central (Afganistán, URSS, Irán, Pakistán, China, etc.); y, hasta cierto punto, (g) nordeste de Asia (península coreana), y, (h) Oriente Medio (conflicto palestino-israelita, Líbano, Libia, guerra Irán-Irak, etc.).¹⁰

¹⁰ La lista completa de conflictos sociopolíticos domésticos que adquirieron algún tipo de connotación Este-Oeste es bastante amplia. De hecho, en mayo de 1980, además de los casos arriba citados, habían situaciones de insurgencia en Birmania, Etiopía, India, Líbano, Filipinas,

En el ámbito económico, la lógica del conflicto Este-Oeste se expresó en la intensificación de las divergencias entre doctrinas de economía política y la propaganda de los respectivos modelos de desarrollo socioeconómico. Por un lado, Washington, Londres y algunos de los más importantes organismos financieros internacionales – Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, entre otros– promovían la implementación de economías neoliberales (Feinberg, 1983; Cano, 2000; Bitar, 1988; Bitar, 1984). Entretanto, Moscú y otros países socialistas destacaban las virtudes de la economía de planificación centralizada con amplio predominio del sector público.

Vale agregar que el conocido modelo cepalino de “desarrollo hacia adentro” – utilizado, desde el decenio de 1930, en algunos países de América Latina y el Caribe para promover la industrialización y el crecimiento económico– también fue objeto de la disputa ideológica. Por un lado, era positivamente evaluado por los soviéticos al considerarlo como un ejemplo de modelo de desarrollo dirigido por el Estado. En contraste, el mismo modelo fue duramente cuestionado por economistas y políticos de orientación neoliberal inspirados en los trabajos de Friedrich von Hayek, Milton Friedman y Michael Novak, en los así llamados *Reaganomics* y, muy particularmente, en el llamado Consenso de Washington – surgido a comienzos del decenio de 1980 para enfrentar la grave crisis del endeudamiento externo latinoamericano desde la perspectiva del modelo de economía liberal de mercado. He aquí una versión estilizada de la conocida dicotomía Estado-Mercado que desde entonces dominó gran parte del debate sobre economía política en América Latina y el Caribe (Feinberg, 1983; Bitar, 1984; Bitar, 1988; Cano, 2000).

En el ámbito ideológico, la competencia Este-Oeste fue particularmente intensa y perturbadora. De un lado, el Presidente Reagan se auto-proclamaba como el abanderado de la democratización del mundo, y al mismo tiempo calificaba al régimen soviético como totalitario e incluso, de modo un tanto maniqueísta, también como “Imperio del Mal”. De otro, los jefes soviéticos –fundamentados en los tradicionales textos marxistas– planteaban que, a pesar de la agresividad del (aparentemente)

Sudáfrica, Namibia, Siria, Tailandia, Turquía, Sahara Occidental, Guatemala, Irán, Chad, Colombia, Perú, entre otros. Al mismo tiempo, existían potenciales conflictos sociopolíticos en Argentina, Chile, Argelia, Bangladesh, Egipto, Jamaica, Liberia, Pakistán, Yugoslavia, Túnez, Rhodesia/Zimbabue, Arabia Saudita e Indonesia.

Conviene agregar que, en términos generales, los principales actores estatales de la Segunda Guerra Fría terminaron siendo: Estados Unidos, Unión Soviética, China, Alemania, Cuba, Israel, Vietnam, Sudáfrica, India, Reino Unido, Angola, Arabia Saudita, Libia, Francia, Irán y Nicaragua. Al mismo tiempo, es sorprendente constatar que la posición geopolítica y el componente ideológico hizo de algunos países en desarrollo –tales como: Nicaragua, Granada, El Salvador, Mozambique, Cuba, Camboya, Afganistán, Libia, o Corea del Norte– actores de primer nivel en el

declinante imperialismo estadounidense, la “correlación de fuerzas” en el mundo se inclinaba inexorablemente hacia el socialismo, favorecido por las así llamadas “leyes de la historia”, los avances tecnológicos de la Unión Soviética y los procesos de liberación nacional en el Tercer Mundo. A partir de 1985, el Secretario General Mikhail S. Gorbachëv se dio la tarea de implementar una serie de reformas políticas y económicas orientadas a fortalecer a la declinante economía soviética, pero también a continuar promoviendo la utopía socialista (Gorbachëv, 1987).

En el ámbito estratégico, Washington y Moscú se esforzaron por modernizar, reforzar y disciplinar las respectivas alianzas estratégicas y acuerdos militares con aliados en el Tercer Mundo. Nótese que los intentos de las superpotencias para (re)imponer la hegemonía en tales pactos militares –particularmente en lo concerniente a la OTAN y al Pacto de Varsovia– terminó provocando no pocos conflictos Oeste-Oeste y Este-Este. Paralelamente, parece importante destacar que, con excepción de la polémica invasión estadounidense a Granada (25 de octubre de 1983), no hubo intervención militar directa de una superpotencia contra un aliado de la otra superpotencia –esta no es una constatación menor, ya que, a pesar de las graves tensiones, ambas potencias lograron evitar que los numerosos conflictos regionales se transformasen en escaladas que eventualmente pudiesen desembocar en un terrorífico holocausto nuclear.¹¹

Vale agregar que hacia fines del decenio de 1980, ocurrieron importantísimas mutaciones estratégicas –con destaque para el derrumbe del Muro de Berlín y la reunificación de Alemania (Moniz Bandeira, 2001)– que marcaron el agotamiento total de la alianza militar impuesta por los soviéticos en Europa Oriental y un evidente debilitamiento del poder y la posición de la Unión Soviética (y luego, de Rusia) en el sistema internacional. Al menos en el teatro europeo, el derrumbe del Muro de Berlín y la posterior implosión del bloque soviético terminó marcando el fin de la Segunda Guerra Fría y la apertura de un nuevo período en la historia de las relaciones internacionales contemporáneas –el cual, a falta de mejor término, no parece incorrecto llamar de interregno de unilateralidad hegemónica estadounidense (1989-2001).¹²

conflicto Este-Oeste. Ello es posible atribuirse, al menos en parte, al carácter global de la política internacional en el contexto de la Segunda Guerra Fría.

¹¹ Aún así, las estrategias de “conflicto de baja intensidad” implementadas por Washington –e inspiradas en la así llamada “doctrina Reagan”– contra regímenes considerados marxista-leninista (Nicaragua, Camboya, Angola, Mozambique, Afganistán), se convirtieron en verdaderas e ilegales agresiones indirectas contra dichos Estados.

¹² Al mismo tiempo, parece pertinente resaltar que la caída del Muro de Berlín y la implosión de la comunidad socialista no pasaron desapercibidos en América Latina y el Caribe

Finalmente, parece importante destacar que América Latina y el Caribe en general, y la cuenca del Caribe en particular, también fue escenario importante en el contexto de la Segunda Guerra Fría. Los conflictos inspirados en la lógica y las políticas de la Segunda Guerra Fría fueron muy evidentes en Nicaragua, El Salvador, Guatemala y Granada, y en menor medida y con otras características en Cuba, Honduras, Perú, Costa Rica, México, Surinam, Brasil, Guyana, Colombia, Venezuela, Jamaica, Chile, Argentina, entre otros países.

3. Tres perspectivas fundamentales de política exterior latinoamericana y caribeña frente a la Segunda Guerra Fría

La lógica y las políticas de competencia, tensión y confrontación en el sentido Este-Oeste que caracterizaron a la Segunda Guerra Fría no dejaron de repercutir en la América Latina y el Caribe. El subcontinente como un todo, y la cuenca del Caribe en particular, terminaron implementando políticas externas –y domésticas– influenciadas o inspiradas en las tensiones del contexto global.

Tres perspectivas de análisis parecen haber sido particularmente importantes para los formuladores de política externa latinoamericana y caribeña: (a) la adscripción al consenso estratégico regional anticomunista, (b) la simpatía con la “nueva” o “segunda ofensiva revolucionaria” post-1978 y (c) la oposición frente a las aspiraciones y presiones hegemónicas de ambas superpotencias.

3.1 Adscripción al consenso estratégico regional anticomunista. En términos generales, los participantes de éste consenso estratégico¹³ sostenían que tanto los triunfos revolucionarios en Nicaragua, Granada y otros países, como la reactivación de la lucha armada revolucionaria en Colombia, Perú, El Salvador, Guatemala, Chile y otros países estarían estrechamente relacionados, comandados e inspirados por una supuesta tendencia expansiva de potencias extra-continetales y de Cuba.

(Castañeda, 1996; Castañeda, 1993; Pastor, 1992; Ullman, 1996). De hecho, desde la perspectiva estratégica, aquellos acontecimientos abrieron una oportunidad para que conflictos armados internos –particularmente en el caso del conflicto regional en América Central– pudiesen ser resueltos mediante acuerdos políticos relativamente satisfactorias para todas las partes.

¹³ Entre 1979 y 1982, aproximadamente, el consenso estratégico regional anticomunista fue integrado por tres grupos de gobiernos: (a) burocrático-autoritarios como los de Argentina, Chile y Uruguay, (b) “pretorianos” como los de Guatemala, El Salvador, Honduras, Haití y Paraguay, y (c) democráticos, como los de Venezuela y Colombia.

Desde esta perspectiva, un supuesto eje Moscú-La Habana-Managua sería clave para comprender no solamente la agudización del conflicto regional imperante en América Central desde fines de la década de 1970 (Rouquié, 1994), sino también para entender la agudización de conflictos armados internos y otros tipos de turbulencias sociales y políticas en otros países latinoamericanos y caribeños. Un supuesto eje Moscú-La Habana-St. George's habría tendido a provocar, entre 1979 y 1983, efectos semejantes en la región del Caribe oriental. Vistas así las cosas, "nuevas Nicaraguas" y "nuevas Granadas" no podrían ser del todo descartadas.

En este sentido, desde temprano un conjunto de gobiernos latinoamericanos y caribeños, en su mayoría regímenes autoritarios de derecha, pasaron a implementar políticas contrainsurgentes y contrarrevolucionarias, ciertamente inspiradas tanto en la así llamada teoría de la "contención" del expansionismo soviético, como en las doctrinas de seguridad nacional predominantes en la época. Desde esta perspectiva, para dar continuidad al –esencialmente injusto– *statu quo* regional y al interior de cada país sería necesario, urgente y prudente trazar y sostener una nueva "línea de contención" al así llamado "expansionismo soviético-cubano" y, en lo posible, promover la "reversión" de previos avances revolucionarios en el subcontinente.

Uno de los momentos culminantes del consenso estratégico regional anticomunista tuvo lugar el día 2 de septiembre de 1981. En la oportunidad, representantes de nueve gobiernos latinoamericanos y caribeños –Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Guatemala, Honduras, Paraguay, República Dominicana y Venezuela–, seguramente con el aval del gobierno estadounidense, emitieron la llamada Declaración de Caracas.

En dicho documento, los "nueve de Caracas" condenaron la muy significativa Declaración Conjunta Mexicano-Francesa sobre El Salvador, emitida el 28 de agosto de 1981, según la cual Ciudad de México y París reconocieron a la alianza entre el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional y el Frente Democrático Revolucionario (FMLN-FDR) como una "fuerza política representativa" en el conflicto armado interno salvadoreño –consecuentemente, se esperaba que dicho grupo armado se aprestase "a asumir las obligaciones y ejercer los derechos que de ello se derivan" (Ellacuría, 1981; Rouquié, 1994; Pastor, 1987; Pastor, 1992; Burns, 1987). Entretanto, de acuerdo con los "nueve de Caracas",

Teniendo en cuenta que los gobiernos de México y Francia han decidido intervenir en los asuntos internos de El Salvador, formulando declaraciones políticas encaminadas a favorecer a uno de los extremos subversivos, que operan en dicho país en su lucha armada por la conquista del gobierno;

expresan extrañeza por tal actitud que constituye un precedente sumamente grave.

Señalan con gran preocupación que el pronunciamiento de esos dos gobiernos en favor de uno de los extremos subversivos, que mediante la violencia pretende torcer el destino democrático y la libre determinación del pueblo salvadoreño, tácitamente invita a otras entidades extranjeras a pronunciarse en favor de los elementos extremistas que son partes en la crisis; por tanto, lejos de contribuir a la solución del problema, al tratar de internacionalizarlo propician su agravamiento.

[..., Los “nueve de Caracas”] Ratifican el respaldo de sus gobiernos a los esfuerzos que realizan el pueblo de El Salvador y sus dirigentes para alcanzar la paz y lograr la justicia social dentro de un sistema pluralista y democrático [sic].

Afirman que sólo a los propios salvadoreños corresponde encontrar una solución política y democrática a su conflicto, sin ninguna clase de intervención extranjera directa e indirecta.¹⁴

En los hechos, no parece del todo incorrecto sugerir que el conservadurismo –para no decir, el oportunismo– de los “nueve de Caracas” expresó, hasta cierto punto, la lógica y las políticas imperantes al interior del consenso estratégico regional anticomunista.¹⁵

Asimismo, conviene agregar que los regímenes militares argentino y chileno respaldaron vigorosamente el esfuerzo contrainsurgente de la Nicaragua somocista, El Salvador, Guatemala y Honduras. Poco después del triunfo de la revolución popular sandinista, asesores militares argentinos se dieron la tarea de reorganizar a los ex-guardias somocista, lo que devino en la creación de los tristemente célebres “contra-revolucionarios” nicaragüenses o simplemente “contras”, que lucharon durante todo el decenio de 1980 contra el gobierno del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Y, durante el primer trimestre de 1982, una intervención militar argentina en el conflicto armado interno salvadoreño pareció posible, probable e incluso inminente.

Nótese, además, que ciertos gobiernos militares del Cono Sur, a pesar de divergencias territoriales entre algunos de ellos –particularmente entre Argentina y

¹⁴ “Declaración de Caracas”, Caracas, 2.9.1981, *Estudios Centroamericanos*, Año XXXVI, N° 395, septiembre de 1981; p. 922. Ignacio Ellacuría (1981) hace ver lo contradictoria de la Declaración de Caracas, puesto que promueve una salida negociada y democrática cuando la mayoría de tales gobiernos –excepto los de Venezuela, Colombia y República Dominicana– eran claramente autoritarios. Más aún, tanto Argentina como Chile, y en menor medida Guatemala, Honduras y Paraguay, en los hechos también estaban interviniendo en el conflicto armado interno salvadoreño, y no para buscar una salida justa, equilibrada y duradera –que en el fondo era la intención de la iniciativa de México y Francia– sino reforzando la estrategia contra-insurgente de la Junta Cívico-Militar del país centroamericano.

¹⁵ En el caso del Caribe anglófono parece importante resaltar la existencia de un “consenso estratégico subregional anticomunista” comandado por los conservadores gobiernos de los Primeros Ministros Edward Seaga de Jamaica, Tom Adams de Barbados y Eugenia Charles de Dominica. Los gobiernos de esos tres países terminaron siendo sumamente importantes en el esquema de presión político-diplomática y militar que culminó, en octubre de 1983, con la intervención directa de *marines* estadounidenses en Granada.

Chile–, también integraron la terroríficamente efectiva Operación Cóndor, cuyo propósito fundamental era reprimir, conjuntamente, presuntas actividades subversivas en los países de la región. Ello, aparentemente inspirado en la noción de las “fronteras ideológicas” y en la doctrina de la seguridad nacional.¹⁶

Paradójicamente, el celo y la extrema crueldad con la que regímenes burocrático-autoritarios del Cono Sur actuaban en el subcontinente determinó no solamente las expresivas –pero momentáneas– convergencias políticas, ideológicas y estratégicas de tales gobiernos con la administración Ronald Reagan (1981-1989),¹⁷ sino también el progresivo deterioro de dicho consenso estratégico regional anticomunista, particularmente después de la derrota militar argentina en el conflicto de las Malvinas/Falklands (abril-junio de 1982).

En términos generales, parece bastante evidente que el proceso de toma de decisión que culminó con la intervención militar argentina en las Malvinas/Falkland partió, entre otras premisas, de lo que se estimó en Buenos Aires como una posible y probable neutralidad de Washington frente a la acción de fuerza en el archipiélago. Asimismo, usualmente se sostiene que tal ponderación aparentemente partió de la errónea valoración de la “contribución” anticomunista argentina en la temprana fase del conflicto regional en América Central (Armony, 1999). Sin embargo, la reacción de Washington frente al conflicto de las Malvinas/Falklands –que también puede ser estudiado desde la perspectiva Oeste-Oeste– terminó privilegiando la revitalización de la tradicional alianza con Londres, en perjuicio de los intereses de Buenos Aires.

La poco leal actitud de Washington frente al régimen burocrático-autoritario imperante en la Argentina –que por su vez era, hasta el momento, uno de los más activos participantes del consenso estratégico regional anticomunista– se erigió en uno de los factores fundamentales que determinaron la rápida declinación de la capacidad de convocatoria del consenso estratégico en cuestión. Paralelamente, el rápido proceso de transición hacia la democracia y el retorno al orden constitucional en varios países latinoamericanos y caribeños que hasta entonces participaban en el consenso regional, así como crecientes divergencias entre Washington y regímenes autoritarios de

¹⁶ Nótese que el régimen burocrático-autoritario argentino respaldó el golpe de los “coca-dólares” en Bolivia, en 1980. Buenos Aires también envió asesores militares especializados en lucha contra-insurgente no convencional –o de “guerra sucia”– a El Salvador, Guatemala, Honduras, Bolivia y, posiblemente, a Perú. Sin olvidar que asesores militares argentinos fueron los verdaderos creadores de los “contras” de Nicaragua.

¹⁷ En noviembre de 1981, poco antes de asumir el poder político, el general Leopoldo Galtieri, afirmó categóricamente, en Washington, que “la Argentina y los Estados Unidos marcharán unidos en la guerra ideológica que [en el contexto global de la Segunda Guerra Fria] se está combatiendo en el mundo.”

derecha –como el chileno, guatemalteco, haitiano, paraguayo, etc. (Carothers, 1991; Huntington, 1991)–, también fueron factores que terminaron debilitando significativamente el consenso estratégico regional anticomunista en cuestión.¹⁸

En consecuencia, no parece tan extraño verificar que a partir de la creación del Grupo de Contadora, en enero de 1983, el grueso de las políticas exteriores latinoamericanas y caribeñas adoptaron posiciones bastante menos favorables a las presiones, visiones y reivindicaciones hegemónicas de Washington (Lowenthal, 1990). De hecho, a partir de 1983, muy pocos gobiernos del subcontinente continuaron participando activamente del otrora expresivo y perturbador consenso estratégico regional anticomunista. Nótese, por ejemplo, que en el contexto de la fase de bipolaridad flexible de la Segunda Guerra Fría (1985-1989), los aliados anticomunistas de Washington en el subcontinente podrían resumirse a El Salvador, Honduras, Jamaica, Barbados y la Granada post-revolucionaria.

En suma, parece evidente que el consenso estratégico regional anticomunista, claramente favorecido por Washington, atribuyó la creciente turbulencia sociopolítica –no a los tradicionales desequilibrios económicos y sociales imperantes en muchos países del subcontinente, sino– a las ambiciones de las vanguardias revolucionarias locales y a la acción desestabilizadora del así llamado “expansionismo soviético-cubano”. Entre 1979 y 1982, el consenso estratégico regional anticomunista conoció sus mejores días. La Declaración de Caracas, de septiembre de 1981, emitida por nueve gobiernos latinoamericanos y caribeños, con el posible aval de Washington, marcó el cenit del consenso estratégico en cuestión.

Sin embargo, el conflicto anglo-argentino sobre las Malvinas/Falklands –que también puede ser estudiado desde la perspectiva Oeste-Oeste– y la poco leal actitud de Washington frente al régimen burocrático-autoritario imperante en Buenos Aires, así como la rápida transición hacia la democracia en Argentina y otros países del subcontinente, determinaron, en gran medida, la progresiva declinación en la capacidad de convocatoria del consenso estratégico regional anticomunista. Parece expresivo que, hacia 1989, de los “nueve de Caracas”, solamente el gobierno de Honduras continuaba implementando una política exterior más o menos identificada con las visiones de Washington.

3.2 *Simpatía con la “nueva” o “segunda ofensiva revolucionaria” post-1978.* El triunfo de procesos de transformación revolucionaria en Granada (13 de marzo de 1979) y

¹⁸ Detalles en Hirst (1987), Moniz Bandeira (1999, 1993), Frohmann (1990) y Lowenthal

Nicaragua (19 de julio de 1979) provocaron un importante “efecto demostración” en gran parte de la América Latina y el Caribe. Ello se reflejó, por ejemplo, con la reactivación de conflictos armados internos en El Salvador, Guatemala, Colombia, Perú, Chile y otros países (Pastor, 1992; Pastor, 1987; Burns, 1987; Castañeda, 1993).

De acuerdo con la lógica de las vanguardias revolucionarias que comandaban a tales fuerzas insurgentes o movimientos de liberación nacional, el proceso de transformación en curso en el subcontinente demandaba la implementación de cambios profundos y radicales en la matrices económicas y sociopolíticas de los países de la región. Esto último, sin embargo, aparentemente solamente sería posible mediante una victoriosa lucha armada revolucionaria contra el así llamado “bloque histórico en el poder” –integrado por oligarquías conservadoras, burguesías cosmopolitas, partidos políticos derechistas, militares reaccionarios, aspiraciones imperiales de grandes potencias (particularmente de los Estados Unidos), etc. (MacFarlane, 1985).

Paralelamente, una década después de la muerte de Ernesto Guevara (Moniz Bandeira, 1998), la élite revolucionaria cubana, comandada por el Primer Ministro Fidel Castro, lanzó una “nueva” o “segunda ofensiva revolucionaria” –ó lo que el conocido politólogo mexicano Jorge Castañeda (1993) llamó la Segunda Ola revolucionaria cubana hacia América Latina y el Caribe (1978-1983). Conviene agregar que esta nueva y mesiánica “ofensiva revolucionaria” cubana hacia el subcontinente –sobretudo hacia los pequeños países de la cuenca del Caribe– sería congruente con la política de “internacionalismo proletario”, la “estrategia del modelo” o “de izquierda” implementada por los formuladores soviéticos de política exterior para el Tercer Mundo en la fase tardía de la era Brézhnev,¹⁹ y también con la así llamada Tercera Ola Revolucionaria en el Tercer Mundo de Fred Halliday (1986).

Vistas así las cosas, parece pertinente resaltar que, entre 1978 y 1983, la élite revolucionaria cubana –y en menor medida su homóloga sandinista– habría implementado una nueva estrategia de política exterior procurando, en términos generales, impulsar nuevos avances revolucionarios en el subcontinente. La “ofensiva revolucionaria” post-1978 incluyó: a) un llamado a la unificación de las izquierdas en todos los países del subcontinente, b) el ofrecimiento del correspondiente

(1990).

¹⁹ Detalles en Fukuyama (1987), Shulman (1986), Trofimenko (1981), Blasier (1989, 1985), Katsikas (1982: Capítulo 1), Hoffman (1983), Deibel y Gaddis (1986), Chomski, Steele y Gittings (1985), Plastino y Bouzas (1985), Wildavsky (1983) y Hobsbawn (1998).

entrenamiento político-militar a cuadros y dirigentes de las vanguardias revolucionarias latinoamericanas y caribeñas, c) el abastecimiento de material de empleo militar, d) cobertura diplomática global, e) propaganda, entre otros aspectos.

Una evaluación preliminar de los resultados efectivos de la “ofensiva revolucionaria” cubana post-1978 y del esfuerzo de las propias vanguardias revolucionarias en los diferentes países en los que se llevó a cabo una revitalización de la lucha armada durante el decenio de 1980 sugiere que aquellos tuvieron resultados positivos en Granada y Nicaragua. Luego de la victoria del *New JEWEL Movement* (NJM) y del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), La Habana y las correspondientes vanguardias revolucionarias locales intentaron implementar la nueva ofensiva revolucionaria en El Salvador, Guatemala, Colombia, Chile, Perú y otros países. Ello ciertamente agudizó las ya considerables tensiones sociopolíticas existentes. También, provocó una revitalización de los correspondientes conflictos armados internos y no pocas tensiones internacionales. Obviamente, la reacción de los gobiernos de aquellos países delante de la nueva “ofensiva revolucionaria” impulsada por La Habana y por las fuerzas insurgentes locales fue bastante dura, justificando, entre otras cosas, el auge del consenso estratégico regional anticomunista, sobre el que se hizo referencia en el apartado anterior (Hirst, 1987).

En consecuencia, la nueva “ofensiva revolucionaria” cubana (1978-1983) terminó obteniendo resultados relativamente modestos (Castañeda, 1993).

De un lado, las fuerzas de izquierda –revolucionaria y parlamentaria– lograron mantenerse en el poder y/o avanzar en Nicaragua, Granada (hasta octubre de 1983), Surinam y, hasta cierto punto, en Belice y Guyana. Además, la izquierda revolucionaria logró demostrar la capacidad de implementar sendas y heroicas estrategias de liberación nacional en El Salvador, Colombia, Perú, Chile, Guatemala y otros países. Nótese que El Salvador llegó a ser conocido como la “Polonia de Occidente”!

De otro, la izquierda en general, y la izquierda revolucionaria en particular, sufrió importantes retrocesos políticos y/o militares en Jamaica –derrota electoral del Primer Ministro social-demócrata Michael Manley, en las elecciones de 1980–, Granada –desarticulación del proceso revolucionario debido al virtual “suicidio” de la élite revolucionaria del *New JEWEL Movement* y a la posterior intervención militar extranjera²⁰–, y Panamá –declinación del torrijismo–; además de la efectiva

²⁰ En octubre de 1983 ocurrieron dos acontecimientos sumamente importantes en el marco del proceso revolucionario granadino. En primera instancia, disputas de cuño político-ideológico al interior de la élite revolucionaria del *New JEWEL Movement* (NJM), entre una facción más pragmática (y pro-cubana) encabezada por el Primer Ministro Maurice Bishop y una facción más ortodoxa (y pro-soviética) comandada por Bernard Coard, culminó, el día 13 de octubre, con la

“contención” de los movimientos de liberación nacional en el resto de los países del continente que experimentaban conflictos armados internos –incluyendo la sangrienta derrota estratégica de las fuerzas insurgentes guatemaltecas, peruanas, chilenas y argentinas.

Vistas así las cosas, y a pesar de que las fuerzas de la izquierda revolucionaria latinoamericana y caribeña –especialmente en los casos salvadoreño y colombiano– nunca dejaron de gozar del respaldo ideológico, político, financiero y militar de La Habana (y de Moscú), parece evidente que la estrategia de “contención” y eventual “reversión” de tales fuerzas insurgentes terminó siendo relativamente efectiva.

Al mismo tiempo, parece pertinente agregar que luego del virtual “suicidio” de la élite revolucionaria granadina en 1983 –que también marcó el fin de la “segunda ofensiva revolucionaria” cubana hacia la América Latina y el Caribe– y de la reformulación de la política exterior soviética para el Tercer Mundo sobre la base del llamado “nuevo pensamiento político” del Secretario General Mikhail S. Gorbachëv, cubanos, soviéticos, nicaragüenses y las correspondientes vanguardias revolucionarias latinoamericanas y caribeñas habrían llegado a la constatación de la extrema dificultad de provocar nuevos avances revolucionarios en el subcontinente. Ello dejó abierta la posibilidad de participar en eventuales procesos de negociación en búsqueda de salidas políticas, justas, equilibradas y duraderas. Estas tendencias se hicieron aún más claras

expulsión de Bishop del NJM y su encarcelamiento domiciliario, además del nombramiento de Coard como nuevo Primer Ministro. Sin embargo, e inesperadamente para los dirigentes de la facción ortodoxa (y pro-soviética) del NJM, la población de Saint George's y otras ciudades de Granada no aceptó el virtual golpe de Estado; y, el día 19 de octubre, Bishop, con el apoyo de gran parte de la población de St. George, intentó retomar el poder. Esta última acción culminó, el mismo día 19 de octubre, con la dramática ejecución del ex-Primer Ministro y algunos de sus más cercanos colaboradores, y la imposición de un desafortunado régimen militar comandado por el general Hudson Austin –carente de cualquier legitimidad doméstica o internacional. En éste sentido, el “suicidio” de la élite revolucionaria granadina surgió de disputas internas que terminaron haciéndose irreconciliables. Entretanto, la administración Reagan, junto con los conservadores gobiernos de los Primeros Ministros Seaga de Jamaica, Adams de Barbados y Charles de Dominica –además del respaldo diplomático de algunos Estados y territorios miembros de la *Organization of East Caribbean States* (OECS)–, consideraron que la compleja coyuntura sociopolítica granadina ofrecía las condiciones y posibilidades para intervenir militarmente en la isla –lo que terminó aconteciendo a partir del día 25 de octubre. Vistas así las cosas, la intervención militar directa Estados Unidos/OECS en Granada terminó suprimiendo definitivamente el proceso revolucionario en aquella isla-Estado, desarticulando un así llamado “foco” de expansión soviético-cubana en la cuenca del Caribe, restaurando la conservadora homogeneidad política en la sub-región, y enviando una poderosa señal de moderación a Moscú, La Habana, Managua y también hacia las elites revolucionarias latinoamericanas y caribeñas. En ese orden de ideas, la intervención militar directa en Granada se erigió en uno de los acontecimientos más dramáticos vinculados directamente con la interpolación de la lógica y las políticas inspiradas en el proceso de re-bipolarización global –propio de la Segunda Guerra Fría– hacia la América Latina y el Caribe.

a fines del decenio de 1980, sobretodo luego de la caída del Muro de Berlín y la posterior implosión de la comunidad socialista.²¹

En síntesis, parece evidente que para las fuerzas de la izquierda latinoamericana y caribeña –especialmente para la izquierda revolucionaria– los perturbadores años de la Segunda Guerra Fría terminaron siendo no tan favorables como parecía a fines del decenio de 1970. En los hechos, no hubo “nuevas Nicaraguas” o “nuevas Granadas”. Quiere decir, con excepción del particular caso de Surinam – donde un golpe militar impuso, en 1980, un gobierno aparentemente inclinado hacia la izquierda–, no hubo nuevos procesos revolucionarios triunfantes en América Latina y el Caribe.

Por el contrario, Cuba, Nicaragua, Granada y, en menor medida, Panamá, Surinam y Guyana, así como los diferentes movimientos de liberación nacional que luchaban en El Salvador, Colombia, Guatemala, Perú y otros países, tuvieron que hacer frente a vigorosas y relativamente efectivas estrategias contra-revolucionarias, en el caso de los primeros, y contra-insurgentes, en el caso de los segundos.

Finalmente, conviene agregar que la caída del Muro de Berlín, la implosión de la comunidad socialista, la derrota electoral de los sandinistas (en febrero de 1990) y los acuerdos de paz en El Salvador (1992) y Guatemala (1996) –los tres últimos en el marco del proceso negociador de Esquipulas (1986-1996)– en los hechos pusieron fin al conflicto regional en América Central (Rouquié, 1994). En Ecuador, Argentina y Chile lo que restaba de las fuerzas insurgentes terminaron auto-disolviéndose. En Perú, Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru sufrieron, a partir de 1992, considerables derrotas político-militares. Entretanto, en Colombia los diferentes grupos insurgentes se encontraron frente a una coyuntura político-militar difícil e imprevisible –dado que una victoria revolucionaria parecía cada vez más lejana y no existían las condiciones necesarias para abrir un proceso negociador realmente efectivo y constructivo. Sin olvidar que la propia Cuba, luego de las dramáticas transformaciones en Europa del Este, también se encontró frente a una situación económica, política y estratégica extremadamente compleja.

3.3 Oposición frente a las aspiraciones y presiones hegemónicas de ambas superpotencias y construcción de una posición propia. En el contexto de la Segunda Guerra Fría, un tercer grupo de gobiernos latinoamericanos y caribeños –integrado por México, Brasil y otros países– implementaron políticas hemisféricas y globales que se

²¹ Detalles en Castañeda (1993, 1996), Pastor (1992), Rouquié (1994), Ullman (1996),

caracterizaron, entre otras cosas, por una persistente oposición frente a la lógica y a las políticas de confrontación, competencia y tensión Este-Oeste y, particularmente, por la resistencia hacia la transferencia de tales lógicas y políticas –propias del proceso de re-bipolarización– al subcontinente.

Esto fue particularmente claro en las reacciones de tales gobiernos frente al conflicto regional en América Central –que por su vez era el más notorio y dramático en el subcontinente. Allí las diplomacias de ciertos países de la región propugnaron, desde temprano, la necesidad de promover la búsqueda de salidas políticas, justas, equilibradas y duraderas. En ese orden de ideas, los gobiernos de cuatro países – Colombia, Panamá, México y Venezuela– fundaron, en enero de 1983, el Grupo de Contadora (Frohmann, 1990; Rouquié, 1994).

El proceso negociador impulsado por el Grupo de Contadora terminó siendo extremadamente importante en la historia de las relaciones internacionales contemporáneas de la América Latina y el Caribe no solamente por su expresivo aporte político-diplomático en favor de una salida pacífica para el conflicto regional en América Central, sino también porque se erigió –junto con el consenso de Cartagena, donde se abordó el tema de la crisis de la deuda externa latinoamericana y caribeña– en uno de los así llamados nuevos foros de consulta y concertación política integrado exclusivamente por naciones latinoamericanas y caribeñas (Frohmann, 1990).

En términos generales, el proceso negociador de Contadora partió de un diagnóstico general que atribuyó las causas reales y profundas del conflicto regional al desequilibrado y excluyente estilo de desarrollo económico y sociopolítico imperante durante largo tiempo en el istmo centroamericano. En efecto, de acuerdo con la así llamada “tesis de Contadora” sobre el origen, la evolución y los posibles mecanismos de resolución para el conflicto regional de América Central el mismo se originó en las carencias económicas y sociales que históricamente han postrado a la región en el subdesarrollo.

En tal sentido, los miembros del Grupo de Contadora se resistieron a concebir el conflicto regional como el resultado de la transferencia mecánica de la lógica y las políticas inspiradas en el proceso de re-bipolarización de las relaciones internacionales. También rechazaron el uso de medidas de fuerza, argumentando que tales medidas de fuerza –además de espurias, antijurídicas e inmorales– alejarían la posible resolución del conflicto regional en América Central. Sobre lo último, conviene señalar que en la Declaración de Cancún de 1983 –que fue uno de los documentos donde se

Lowenthal (1990), Carr y Ellner (1993) y Blasier (1990, 1985).

establecieron algunas de las directrices centrales de la labor mediadora de Contadora— se advierte que,

El uso de la fuerza como alternativa de solución no resuelve, sino que agrava las tensiones subyacentes. La paz centroamericana sólo podrá ser una realidad en la medida que se respeten los principios de convivencia de las naciones: la no intervención; la autodeterminación; la igualdad soberana de los Estados; la cooperación para el desarrollo económico y social; la solución pacífica de las controversias; la expresión libre y auténtica de la expresión popular.²²

Durante los años de mayor protagonismo, entre 1983 y 1986, el Grupo de Contadora alcanzó una legitimidad internacional bastante expresiva. La gran mayoría de los gobiernos del subcontinente y de otras regiones del mundo —algunas veces “presionados” por actores sociopolíticos internos tales como partidos políticos, organizaciones populares, representantes del mundo académico, etc.— terminaron manifestando oficialmente un apoyo más o menos directo al complejo proceso de negociación. Vale resaltar que la labor mediadora de Contadora fue reforzada con la creación, en julio-agosto de 1985, del así llamado Grupo de Apoyo al proceso negociador de Contadora, integrado por Argentina, Brasil, Perú y Uruguay. En tal sentido, parece significativo que ocho de los países más expresivos del continente — todos ellos de orientación democrática— participasen activa y solidariamente de un proceso de negociación que explícitamente demandaba el fin del intervencionismo de potencias extra-regionales con —digamos, espurias, antijurídicas e inmorales— aspiraciones y presiones hegemónicas en el istmo centroamericano, en particular, y en la América Latina, en general.

Ahora se sabe que, si por un lado, es verdadero que el proceso negociador no pudo ser coronado con la firma del Acta de Contadora para la paz y cooperación en Centroamérica, por una serie de razones que incluían la oposición del gobierno de los Estados Unidos y la correspondiente presión sobre sus aliados (El Salvador, Honduras, Costa Rica) y clientes (los “contras”), de otro lado, Contadora evitó un desenlace realmente trágico en el istmo. Además, resaltando que el mismo se reprodujo en el Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política o Grupo de Río (GRIO), y que los ocho gobiernos de los países miembros de los grupos de Contadora y de Apoyo continuaron participando —aunque de manera menos protagónica— en el llamado

²² “Declaración de Cancún sobre la paz en Centroamérica”, Cancún (México), 17.7.1983, tomado de Augusto Ramírez Ocampo, *Contadora/ Pedagogía para la paz y la democracia*, Santafé de Bogotá: Ministerio de Relaciones Exteriores, 1986, p. 44.

proceso negociador de Esquipulas (el cual culminó con la efectiva pacificación y democratización de América Central, entre 1986 y 1996).

Paralelamente, a partir de 1987, el proceso de consulta, concertación y coordinación política entre Estados latinoamericanos y caribeños alcanzó un alto y creciente grado de madurez. El Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política se erigió en el principal foro diplomático del subcontinente y en un virtual interlocutor de los intereses, preocupaciones y visiones de las naciones latinoamericanas y caribeñas en el contexto global de la fase de bipolaridad flexible de la Segunda Guerra Fría.

Surgido como derivado de la labor mediadora en el marco del proceso negociador de Contadora, el Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política fue encontrando otras necesidades, otros comunes denominadores más allá del conflicto regional en América Central, conduciendo de ese modo a la paulatina consolidación del mismo (Frohmann, 1990). La reunión cumbre de Presidentes del Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política en la ciudad mexicana de Acapulco, los días 27 y 28 de noviembre de 1987, fue particularmente importante. Para comenzar se trató de la primera reunión de Jefes de Estado en la historia de las relaciones internacionales contemporáneas de la América Latina y el Caribe convocada a iniciativa de los propios mandatarios y, vale tener presente, en un contexto global tan complejo como el que caracterizó a la Segunda Guerra Fría. Nótese que para el conocido historiador brasileño Luiz Alberto Moniz Bandeira (1999: 156s),

A Conferência de Acapulco constituiu um acontecimento de enorme transcendência histórica, pois, pela primeira vez, Chefes de Estado de oito países da América Latina reuniram-se e criaram um organismo, não apenas sem a participação dos Estados Unidos, mas manifestamente em oposição às suas políticas evidenciando o engravescimento das contradições econômicas e das divergências políticas, que cada vez mais cindiam e afastavam o Sul e o Norte do Hemisfério. A criação do Mecanismo Permanente de Consulta e Concertação Política, cuja próxima reunião, convocada para 1988, realizar-se-ia no Uruguai, comprovou efetivamente a superação do sistema interamericano, tal como sob sua hegemonia os Estados Unidos modelaram, e demonstrou, da mesma forma que os Grupos de Contadora e de Apoio, a necessidade de organização dos países da América Latina em outros foros, à margem da OEA, condenada, ao que tudo indica, ao desaparecimento [sic]. O Compromisso de Acapulco constituiu, na verdade, um documento adverso às posições dos Estados Unidos, em seus aspectos econômicos, comerciais, financeiros e políticos, a refletir o profundo inconformismo dos países da América Latina e, em particular, do Brasil, como potência industrial emergente, disposta a não aceitar um papel subalterno, dentro da nova divisão internacional do trabalho, com base no domínio de tecnologias avançadas.

Efectivamente, de la reunión cumbre de Presidentes del GRIO surgió el muy importante Compromiso de Acapulco para la Paz, el Desarrollo y la Democracia.²³ Documento en el que ocho mandatarios de América Latina y el Caribe consignaron su análisis de los problemas comunes en el ámbito político y económico, así como otras temáticas de trascendental importancia para el subcontinente, incluyendo: la concertación de una acción política, diplomática y estratégica conjunta; el fortalecimiento del proceso de integración económica; la valoración de la cultura; el desarrollo tecnológico; la seguridad alimenticia; la creación del Parlamento Latinoamericano; las condiciones y posibilidades para la consolidación del GRIO, etcétera.

A pesar de algunas contradicciones y limitaciones prácticas, tanto el contenido como la cantidad de temáticas abordadas al interior del GRIO demostraron su expresiva importancia y trascendencia en la historia de las relaciones internacionales contemporáneas de América Latina y el Caribe. En tal sentido, parece evidente que al finalizar el decenio de 1980 –y en el contexto de la fase de bipolaridad flexible de la Segunda Guerra Fría– el GRIO se había consolidado y legitimado como el principal foro de debate sobre relaciones intra-regionales y extra-regionales, incidiendo en un amplio espectro de asuntos de interés continental que incluían tópicos de naturaleza política, económica, estratégica, social, ambiental, cultural, científico-tecnológica, entre otras. Vale agregar que, en los hechos, el GRIO no dejó de expresar oposición frente a las aspiraciones y presiones hegemónicas de las superpotencias y de sus aliados en América Latina y el Caribe.

4. Consideraciones finales

La lógica y las políticas de competencia, tensión y confrontación en el sentido Este-Oeste que caracterizó a gran parte del decenio de 1980 no dejó de repercutir en la América Latina y el Caribe. Así, en el marco de la Segunda Guerra Fría, una serie de conflictos sociopolíticos –provocados por factores esencialmente endógenos– terminaron adquiriendo una connotación global cuando actores locales apelaron a la ayuda de potencias extra-regionales y/o, principalmente, cuando las superpotencias y sus correspondientes aliados decidieron intervenir en los diferentes conflictos –lo que

ciertamente terminó agudizándolos. El caso del conflicto regional en América Central (1979-1996) es particularmente claro en ese sentido (Rouquié, 1994).

Tres grandes conjuntos de políticas exteriores terminaron siendo particularmente importantes en la respuesta latinoamericana y caribeña frente al proceso de re-bipolarización inherente a los perturbadores años de la Segunda Guerra Fría: (a) la adscripción al consenso estratégico regional anticomunista, (b) la simpatía con la “nueva” o “segunda ofensiva revolucionaria” y (c) la oposición frente a las aspiraciones y presiones hegemónicas de ambas superpotencias y sus correspondientes aliados.

Conviene resaltar que la dinámica de los acontecimientos económicos, políticos y estratégicos, tanto en el plano regional como en los diferentes casos nacionales, terminó provocando que los dos primeros grupos de políticas exteriores arriba citados fuesen paulatinamente perdiendo su capacidad de convocatoria, en beneficio de la tercera alternativa.

En ese orden de ideas, hacia 1985, y salvo algunas excepciones menores, el grueso de las políticas exteriores latinoamericanas y caribeñas implementaban políticas exteriores que, en los hechos, expresaban la oposición y la resistencia frente a las – esencialmente, espurias, antijurídicas e inmorales– aspiraciones y presiones hegemónicas de potencias extra-regionales, bien como el deseo de construir iniciativas político-diplomáticas propias. La rara unanimidad y la muy significativa legitimidad adquirida por el proceso negociador de Contadora –entendido en el marco del conflicto regional en América Central, que a su vez fue uno de los escenarios más dramáticos y donde se hizo más clara la tentativa de transferencia de la lógica y de las políticas propias de la Segunda Guerra Fría hacia la América Latina y el Caribe– fue un ejemplo bastante convincente de lo anterior.

Vistas así las cosas, los foros de consulta y concertación política intra-latinoamericana y caribeña creados durante el decenio de 1980 –que arrancaron con el Grupo de Contadora (a partir de 1983) y con el consenso de Cartagena (a partir de 1984), y que culminaron con el surgimiento del Mecanismo Permanente de Consulta y Concertación Política o Grupo de Río (GRIO)– pueden ser entendidos como algunas de las más expresivas reacciones de los pueblos del subcontinente, en conjunto, frente a los perturbadores años de la Segunda Guerra Fría. Más aún, ahora sabemos que la solución para los problemas latinoamericanos fueron encontrados por los propios

²³ “Compromiso de Acapulco para la Paz, el Desarrollo y la Democracia”, Acapulco, 29.11.1987, tomado de *Documentos do Mecanismo Permanente de Consulta e Concertação Política*, Brasília: FUNAG, 1993, pp. 265-281.

latinoamericanos. En este sentido, Contadora y Esquipulas, entre otros ejemplos, fueron las constructivas respuestas de esta región frente a las amenazas potencias extra-regionales y sus respectivos aliados y clientes.

5. Referencias bibliográficas

- ARMONY, Ariel (1999): *La Argentina, los Estados Unidos y la Cruzada Anticomunista en América Central, 1977-1984*, Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- BITAR, Sergio (1988): "Neoliberalismo versus neoestructuralismo en América Latina", *Revista de la CEPAL*, N° 34; pp. 45-63.
- _____ (1984): "De la Alianza para el Progreso a la Magia del Mercado. Política Económica de los Estados Unidos hacia América Latina", en Sergio Bitar e Carlos J. Moneta (comp.): *Política Económica de Estados Unidos en América Latina/ Documentos de la administración Reagan*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano; pp. 9-41.
- BLASIER, Cole (1989): *The Giant's Rival/ The USSR and Latin American* Pittsburgh (EUA): University of Pittsburgh Press.
- _____ (1985): *The Hovering Giant/ U.S. Responses to Revolutionary Change in Latin America 1910-1985*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- BURNS, E. Bradford (1987): *At War in Nicaragua/ The Reagan Doctrine and the Politics of Nostalgia*, New York: Horper and Row.
- CANO, Wilson (2000): *Soberanía e Política Económica na América Latina*, São Paulo: Editora UNESP/UNICAMP/FAPESP.
- CAROTHERS, Thomas (1991): *In the name of Democracy/ U.S. Policy toward Latin America in the Reagan Years*, Berkeley: University of California Press.
- CARR, Barry y Steve ELLNER, org. (1993): *The Latin American Left/ From the Fall of Allende to Perestroika*, Boulder e Londres: Westview Press.
- CASTAÑEDA, Jorge (1996): "América Latina y la terminación de la Guerra Fría: Un ensayo sobre la frustración", en Abraham F. Lowenthal y Gregory F. Treverton (comp.): *América Latina en un mundo nuevo*, trad. de Eduardo L. Suárez, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica; pp. 40-69.
- _____ (1993): *La Utopía Desarmada/ Intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina*, Buenos Aires: Ariel.
- DEIBEL, Terry L. y John Lewis GADDIS; ed. (1986): *Containment/ Concept and Policy*, Washington: National Defense University Press.
- DI NOLFO, Ennio (2000): "The Cold War: Definitions and Chronology", Ponencia presentada en el XIX Congreso Internacional de Ciencias Históricas, Oslo (Noruega).

- EHRMAN, John (1995): *The Rise of Neoconservatism/ Intellectuals and Foreign Affairs 1945-1994*, New Haven e Londres: Yale University Press.
- ELLACURÍA, Ignacio (1981): "La declaración conjunta mexicano-francesa sobre El Salvador", *Estudios Centroamericanos*, Año XXXVI, N° 395; pp. 845–866.
- FEINBERG, Richard E. (1983): "Reaganomics and the Third World", en Kenneth A. Oye, Robert J. Lieber y Donald Rothchild (ed.): *Eagle Defiant/ United States Foreign Policy in the 1980s*, Boston: Little, Brown and Company; pp. 131-165.
- FROHMANN, Alicia (1990): *Puentes sobre la Turbulencia/ La Concertación Política Latinoamericana en los Ochenta*, Santiago de Chile: FLACSO.
- FUKUYAMA, Francis (1987): "Patterns of Soviet Third World Policy", *Problems of Communism*, vol. XXXVI, N° 5, Washington: USIS; pp. 1-13.
- GELMAN, Harry (1985): "Rise and Fall of Détente", *Problems of Communism*, N° 2; pp. 51-72.
- GORBACHEV, Mikhail (1987): *Perestroika/ Novas Idéas para o Meu País e o Mundo*, São Paulo: Editora Best Seller.
- HALLIDAY, Fred (1986): *The Making of the Second Cold War*, 2ª ed., Londres: Verso.
- HIRST, Mónica, comp. (1987): *Continuidad y Cambio en las Relaciones América Latina/Estados Unidos*, Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- HOBBSBAWN, Eric (1998): *Historia del Siglo XX*, traducción de Juan Faci, Jordi Ainaud y Carme Castells, Buenos Aires: Crítica.
- HOFFMANN, Stanley (1983): *La Nouvelle Guerre Froide*, Paris: Berger-Levrault.
- HUNTINGTON, Samuel (1991): *The Third Wave/ Democratization in the late Twentieth Century*, Norman: University of Oklahoma Press.
- KATSIKAS, Suzanne Jolicoer (1982): *The Arc of Socialist Revolutions/ Angola to Afghanistan*, Cambridge: Schenkman Publishing Company.
- LOWENTHAL, Abraham (1990): *Partners in Conflict/ The United States and Latin American in the 1990s*, Baltimore: The John Hopkins University Press.
- MACFARLANE, S. Neil (1985): *Superpower Rivalry & 3rd World Radicalism: The idea of national liberation*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- MARTZ, John D., ed. (1995): *United States Policy in Latin America/ A Decada of Crisis and Challenge*, Lincoln y Londres: University of Nebraska Press.
- MONIZ BANDEIRA, Luiz Alberto (2001): *A Reunificação da Alemanha/ Do Ideal Socialista ao Socialismo Real*, 2ª ed., São Paulo: Global Editora e Brasília: Editora Universidade de Brasília.

- _____ (1999): *Relações Brasil-Estados Unidos no contexto da globalização/ II - Rivalidade Emergente*, 2ª ed. rev. e ampl., São Paulo: Editora SENAC São Paulo.
- _____ (1998): *De Martí a Fidel/ A Revolução Cubana e a América Latina*, Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- _____ (1993): *Estado Nacional e Política Internacional na América Latina/ O Continente nas Relações Argentina-Brasil (1930-1992)*, São Paulo: Editora Ensaio/EDUNB.
- PASTOR, Robert A. (1992): *Whirlpool/ U.S. Foreign Policy Toward Latin America and the Caribbean*, Princeton: Princeton University Press.
- _____ (1987): *Condemned to Repetition/ The United States and Nicaragua*, Princeton: Princeton University Press.
- PLASTINO, Carlos Alberto y Roberto BOUZAS, org. (1985): *A América Latina e a Crise Internacional*, Rio de Janeiro: Edições GRAAL/Instituto de Relações Internacionais da PUC/RJ y México: Instituto de Estudios de Estados Unidos-CIDE.
- PODHORETZ, Norman (1980): *The Present Danger*, New York: Simon and Schuster.
- ROUQUIÉ, Alain (1994): *Guerras y paz en América Central*, trad. de Daniel Zadunaisky, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- SHULMAN, Marshall, ed. (1986): *East-West Tensions in the Third World*; New York e Londres: The American Assembly/W.W. Norton & Company.
- THOMPSON, Edward (1985): "Notas sobre el exterminismo, o estágio final da civilização", en Edward Thompson y otros: *Exterminismo y Guerra Fría*, São Paulo: Editora Brasiliense; pp. 3-31.
- TROFIMENKO, Henry (1981): "The Third World and the U.S.-Soviet Competition: a Soviet view", *Foreign Affairs*, vol. 59, N° 5; pp. 1021-1040.
- ULLMAN, Richard H. (1996): "Los Estados Unidos, América Latina y el mundo después de la Guerra Fría", en Abraham F. Lowenthal y Gregory F. Treverton (comp.): *América Latina en un mundo nuevo*, Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica; pp. 23-39.
- WATSON, Adam (1997) *The Limits of Independence/ Relations between states in the modern world*, Londres: Routledge.
- WILDAVSKY, Aaron, org. (1983): *Beyond Containment/ Alternative American Policies toward the Soviet Union*, San Francisco: ICS Press.
- WOLFE, Alan (1981): "Sociology, Liberalism, and the Radical Right", *New Left Review*, N° 128; pp. 3-27.